



Manuel Andújar*

Cartas son cartas

La meditación sobre España —destino social; concepto del hombre, ser terrenal y trascendente— ha experimentado, a partir de 1936, decisiva e insólita revulsión: el traumatismo, aún en proceso, de la guerra que fue, al par, civil e internacional, religiosa y nihilista. Afecta a los que allí permanecieron y en ella tomaron parte, a las nuevas generaciones por reflejo mimético o de oculta vía. Y determina, más agudamente, el ideal y sentir de los expatriados.

Si, el exilio y sus retazos giran en torno de la circunstancia indigesta, de la perspectiva parcial, como bajo el peso de una fatalidad. A través de polémicas —plausibles o inválidas— y de ensayos o estudios formales, amén de las visiones poemáticas, la emigración ha intentado explicarse el reciente derrotero de las Españas. He aquí su aportación pública, a la que convendría se sumaran, en este concreto orden de cosas, para los historiadores del mañana, aquellas impresiones personales, espontáneas, privadas y directas, que en su verdad viva y con sus grumos anecdóticos puedan constituir los entresijos de todo un ciclo de conciencia.

Creo, pues, que a la serie en circulación de juicios y tes-

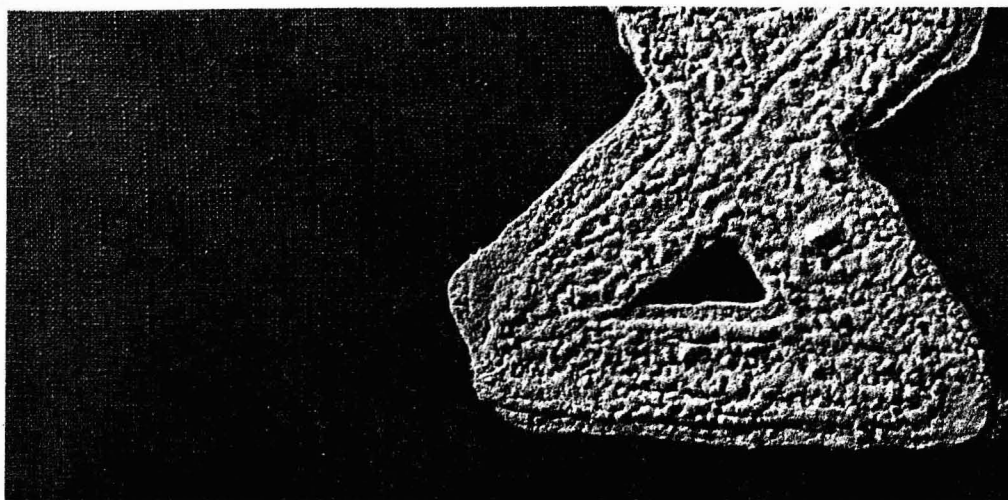
fimonios deben incorporarse ciertos “juegos de cartas”, la particularísima relación y las no menos peculiares reacciones epistolares donde se manifiestan, sin alifafes o efectismos, las actitudes.

Los fragmentos que hoy agrupo, por elástica pauta cronológica, aspiran a que otras pláticas escritas, de mayor entidad y autoridad, superiores en cuerpo, estilo y doctrina, compongan un patrimonio común.

Asumo, con mis iniciales, la responsabilidad de las opiniones que se me ocurrieron, de su candidez, ofuscación y balbuceo, en esta criba abrumadora de lejanías. Lo que no es propio a nadie identificable se atribuye y queda diferenciado por letras-clave. Los “corresponsales” su derecho ejercerían al reclamar paternidad y acudir al expediente que utilizo: con explicaciones, rildes rectificatorias y humores autocríticos, que yo mismo opté por silenciar.

“Juego de cartas” éste que en su selección, casualidad y casualidades, parece ya, salvo la doble nota de la rúbrica, muestrario de recuerdos, mapa de cicatrices —que de ellas también transcribo lo que caracteriza y ambienta— y, a pesar de los pesares, haz de ensueños.

* y varios corresponsales que, dadas las circunstancias, no se citan con nombres propios.



Sr. Paul Mayer
Ciudad

México, D. F., a 5 de abril de 1944

Estimado amigo:

Su carta del 31 de marzo ha significado para mí una confortadora, intensísima alegría. Y, al propio tiempo, poderoso incentivo. Hablar sobre Antonio Machado, en un diálogo que arrambla con reparos liliputienses de idioma, casillero nacional y edad, a raíz del noble entusiasmo que su lectura ha despertado en usted, me somete a varios riesgos esquinados. En correspondencia española a su gentileza, no puedo ni debo formular cuatro cumplidos de rutina, siempre maloliente. Dar libre rienda a mi fervor sería notorio abuso de su cortesía. Acometer un análisis profundo y substancioso, empresa superior a mi pobre facultad crítica. En semejante encrucijada de dilemas no elijo un camino cerrado, sino que me lanzo... a la expresión, con agudos remordimientos de conciencia por estas líneas de exordio.

"La educación es tan necesaria como la naturalidad" reza una máxima de Confucio. Tal enunciado define, en mi criterio, un rasgo psicológico central en la vida y en la obra de Antonio Machado. El poeta siente extrema avidez de saber, busca afanosamente los derroteros intelectuales de su época, gusta de confrontar los patrimonios ideológicos europeos, polemiza para sí con las diversas teorías filosóficas "que en el mundo son", tendiendo a superar, a fructificar el dualismo que forma la naturaleza íntima del hombre, intenta aprehender el meollo de las doctrinas sociales en lucha, no desdeña las manifestaciones políticas válidas, quiere desentrañar el dinámico mensaje de las costumbres. Pero, a fin de cuentas, las inquietudes esbozadas no generan una mente compleja en "efectos" y atributos, un retraimiento morboso a la soledad. Producen un cariño, consciente y heroico, por lo sencillo, ya encarnado en criatura, árbol, río o muchedumbre. Cuando él, ser antidemagógico por antonomasia, se "asoma" a la opinión pública no lo hace con el frívolo desembarazo del profesional. Su presencia adquiere, entonces, la gravedad emocionante de lo insólito y maravilloso, del gesto moral solemne, porque —al igual que todo lo auténtico— no se prodiga, no es "el pan nuestro de cada día", no es rutina y manoseo y retórica chabacana.

En un escritor cabal, de espíritu riguroso, no están divorciadas la vida y la obra, si ahondamos en sus circulatorios contactos, que la piel sólo acierta a traslucir. De ahí el que se requiera penetrar —con la discreción alerta que el sujeto merece— en su fluida biografía, que el mismo protagonista nos revela, de modo indirecto y modesto, en ciertos motivos insistentes de sus versos, en estados anímicos que se musicalizan, en frases sueltas de dolor, en palabras crujientes de angustia, en aquellas ironías

donde sobrenada el amargo dejo. Hubo en su novela la breve estampa de una capital castellana, el sonoro y dulce ámbito de una mujer y el primer encuentro con la Muerte. Sí, para los retorcidos se trata de una futesa, de una serie banal de hechos, mas para el varón que todo lo engrandece, a compás de su talla, son acaeceres notables. Después de la experiencia que lo reduce a la desnudez, viajar, contemplar, sufrir, representan creaciones que ya cambian su estructura privada y se convierten en singulares incógnitas de general dominio. Más vigoroso el brazo, más acerada la flecha, más lejano y amplio el blanco. Por lo tanto, cura radical del menor vestigio narcisista.

Entre los fenómenos de que Machado se conduce, el fracaso *in partibus* de la revolución democrática. La sangría, parcialmente estéril, de las guerras domésticas del ochocientos aleja de la fuente de su fuerza —el pueblo— a los españoles más ilustres. Adoptan una posición negativa, al predicar se dirigen al desierto. En ellos, la patria es un refugio: el paisaje. No perciben que el sistema dominante pugna con el sino geográfico, histórico y ético de la Península, que exige normas de tipo federal y, a la larga, de completa transformación.

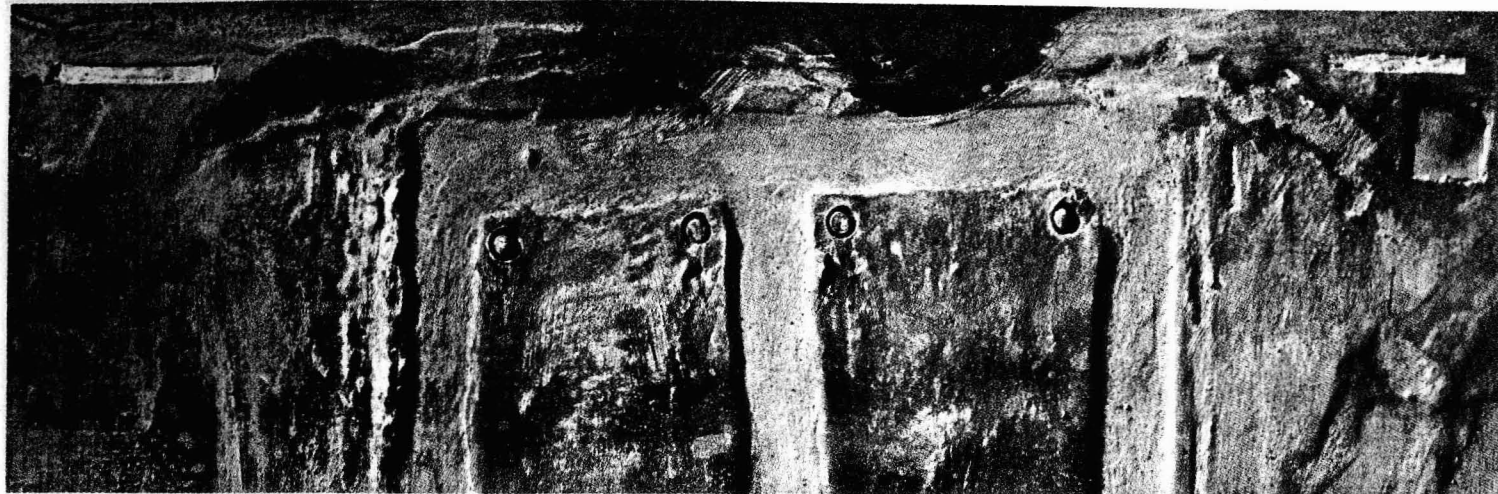
¿El patriotismo hispano es un patriotismo de paisaje, ajeno al Estado y a las instituciones? Patriotismo impresionista, en que el color avasalla, en que las nociones interpretativas revisten cualidad "atmosférica", en que por alzar la mano al cielo... del pretérito, pisoteamos, ignorándolos, raíces y terruño. Al cifrar prácticamente la totalidad de las causas en el paisaje, éste degenera en decoración, en miembro amputado. La virtud eminente de Antonio Machado estriba en utilizar campo y montaña para descubrir el sumo valor energético: el hombre humilde. Mientras Azorín rastrea el polvo de las ruinas, nuestro poeta asciende a los ventisqueros, exalta al labriego, muestra la musculatura moral de otras centurias, nos reintegra a las bases de la aportación ecuménica.

—M.A.

13 de mayo, 1951

"Me han impresionado profundamente noticias relativas a suicidios habidos en esa. ¿Querría usted contarme algo respecto a esta realidad? Para evitar cosas tan definitivas busco yo el diálogo, la amistad, el posible acercamiento. Porque nos encontramos caídos en una soledad abismática. Y sólo a veces la levedad de una carta, la llegada de una noticia, la posibilidad más remota, nos saca de una tristeza que usted conoce tan bien como yo. Aquí no hay altiplanicie, pero también tenemos lo nuestro. La gente inteligente anda disgregada, hecha añicos, no sabiendo en realidad qué hacer. Hasta hace muy poco nos habíamos refugiado en una difícil, circunstancial convivencia. Esto también se está pudriendo, y quizá por eso más que por nada, la necesidad de salir. Muchas veces he dicho a amigos comu-





nes lo importante que, para mí al menos, resultan las cartas de los españoles-americanos. Pero siempre tienen algún pretexto para abandonarnos a nuestra natural desolación...

Comprendo también que las epístolas, cuando se tiene tanto que hablar, y tanta necesidad de entrañar a lo vivo, resultan un poco pueriles. Pero por ahí comienza ese desmadejamiento de 'los separados' de nuestro país. Yo lo venzo, sin dejar de pensar que de las cartas, no importan al destinatario otras cosas que las elementales. Yo quisiera tener una correspondencia infinita, para sentirme más firme que lo que me siento hoy. No es vicio, no grafomanía, ni una especie de epistolario descompuesto. Es sencillamente necesidad."

—E.

30 de mayo, 1950

"Es para vosotros absolutamente desconocida la tragedia de los desterrados en su propia patria: marginados, espiados de continuo, sintiendo el asco físico de tantas pupilas vigilantes... etc. Comprenderás que la vida así, adquiere unos bordes cárdenos, y es tan difícil que el amanecer de cada día es un problema angustioso que ha de resolverse a contrapelo del común de vecinos. Si a estas dificultades de tipo físico y económico se añade el ostracismo intelectual a que estamos condenados los 'manchados', advertirás todo lo que de heroico tiene nuestro vivir."

—V.

5 de noviembre, 1954

"Es éste el primer comentario que recibo —usted sabe que los 'está muy bien' ni pueden ni deben tomarse en cuenta— y es también el primer espolazo que me obliga a pensar sobre mi todavía menguada producción. Lo primero, que ya usted anotaba en su carta, es la 'necesidad de diálogo', de diálogo verdadero, de verdadero intercambio de sinceridades, que desgraciadamente no tengo ni con los de mi generación ni con los de anteriores. Nosotros vivimos recelosos de todos y de nosotros mismos; estamos, como usted dice, en un dilema constante, españoles por voluntad de arraigo en recuerdos de recuerdos, esto es no españoles sino españolizantes, dados a las imágenes literarias que de nuestra patria circulan, y envanecidos de una tradición y un pasado que no creo que nos pertenezcan a nosotros más de lo que puedan pertenecerles a todos los hombres. Luego, esta realidad —ésta sí viva— que nos rodea y a la que no nos dejamos entrar en pleno, como temerosos de no encajar en ella, de perder, si lo intentamos, hasta la imaginación de una patria lejana aunque presentida.

Quizá somos una generación original, quizá tengamos en nuestras manos, apresado sin saberlo, el secreto de la humani-

dad sin fronteras, sin restricciones de patria o de credos; pero es el caso, como le decía, que nos recelamos, que en vez de procurarnos y de procurar nuestro destino nos aislamos, creyéndose cada uno suficiente en sí propio."

—B.

7 de septiembre, 1960

"Mis primeros recuerdos ¡ay! no son de un patio donde florece el limonero, como don Antonio Machado —detrás de cuyos cansados huesos se anda en estos días— sino de refugios donde florecía el hedor humano del miedo, de roncar de aviones, de estallidos violentos, llantos, ayes y piltrafas humanas colgando de los árboles como frutos. Errores tuvo la República —muchos menos de los que se papagayean en España— pero yo nací predestinado a quererla. Tres años cumplía a su nacimiento, y dicen las crónicas paternas que yo andaba a gritos por el balcón de mi casa gritando ya 'viva la República' con gran escándalo de los vecinos, pues abogado de cierto postín mi padre, vivíamos en un piso de vecindad repolluda y carca, en X, donde nací. Otro síntoma fue el ser zurdo, y también cuentan que, preguntándome una vez una oronda y rica vecina por qué escribía con la izquierda, respondí: 'Porque no quiero nada con las derechas'. Niñerías, si usted quiere, pero ya sabe que los niños dicen las verdades de a puño, y aquello me hace ahora pensar lo hermosas que debieron ser aquellas primaveras, cuando la Niña bonita andaba floreciendo en las bocas de los niños. Luego la guerra, y mi padre siempre ausente, en la brecha, tapando los agujeros de tantos desertores, volviendo a casa desesperado por las noches, el mapa de España sobre la mesa, cada vez más chico, y por fin el silencio largo; parece ser que mi padre renunció a salir en un barco, el último, por dejar a otros que él creía en peor postura. La puerta cerrada, y mi madre angustiada siempre a la mirilla, temiendo lo que al fin llegó: un par de sujetos que se llevaron a mi padre en un coche. No faltó un vecino que me enseñase en el periódico el nombre de mi padre escarnecido: no consiguió lo que quería; que con mis nueve años apenas, le dije: '¡Y a mucha honra!', lo que aún le escuece, y eso que es dermatólogo. Contigo pan y cebolla, decía mi padre en broma la primera vez que fuimos a verlo entre rejas: eso y sal es lo único que comió en seis meses, estando enfermo de albúmina. Juzgado al fin, defendióse él mismo y libró de peores con destitución de su cargo, y destierro, a seguir comiendo cebolla. Los puños se royó, con las lágrimas y allá murió de asco —aunque el médico diga que de otras cosas— en su rincón. Mi madre salió de allí tan desesperada que a los dos años ya estaba ella entre rejas: las de un sanatorio para locos. Y de ahí a la tierra."

—C.

21 de septiembre, 1960

"Aquí las cosas están cambiando mucho. Razón: la presencia de una generación nueva que ya está operando sobre el país, con sus propias ideas y al margen de la guerra civil, que, por cierto, es un capítulo histórico concluido, aunque los supervivientes la conserven como experiencia personal. A mí me han ocurrido cosas curiosas en este sentido. Algunas veces, hablando desde la plataforma 36-39, me han escuchado con gran curiosidad histórica, pero lo importante es que estos jóvenes nos contemplan objetivamente, quizá idealizando a los vencidos, a los que parece quieren reivindicar estos admirables jóvenes de 20-30 años que se apasionan por la actual España. Fíjate bien: por la actual España, no por la del pasado, ni siquiera por ésta que pudiera parecer inmediata: la del 36-39. Todos los planteamientos que parecen apasionar tanto en el exilio, están caducos, sustancialmente caducos. Estos chicos los escuchan con la misma curiosidad con que yo escuchaba a mi abuelo hablar de la guerra carlista y a mi padre de la guerra de África: con afecto personal y a título informativo, pero casi nada más. A mí no me interesaba el pasado político de mis padres; me interesaba el presente político que yo mismo estaba en condiciones de vivir, precisamente porque era el problema en el que yo podía intervenir. La situación no ha cambiado. Estos jóvenes, que son los que harán las cosas, piensan modernamente y están preocupados por el Congo, por Cuba, por los Estados Unidos, por Alemania, etc., por lo que está latente ahora en el mundo, pero de la guerra civil española sólo ven un período histórico más al que habrá que estudiar para comprender, en parte, el presente, puesto que muchos de los problemas de la guerra civil tienen su antecedente socio-político un poco más atrás, quizá muy atrás. Los balances históricos necesitan perspectiva. Por otra parte, a ningún joven de éstos le agrada que el exilio se mantenga exiliado. Opinan que empieza a ser una deserción, especialmente en los casos en que no hay objeciones gubernamentales a la venida. Todo lo que haya que arreglar se arreglará aquí en España. Desde fuera, no vendrá nada. Ésta es la situación con toda franqueza."

—F.

28 de diciembre, 1965

"No ha sido por pereza ni por desinterés el largo tiempo mío de silencio. Ha sido, simplemente, porque no quería haceros llegar, demasiado viva y descarnadamente, mi dolor de las primeras semanas. Yo no estaba aquí de vacaciones ni de turista y el reencuentro con lo que ya sabía, aunque mi corazón y ánimo venían preparados, ha sido terrible. Hubiera tomado el avión de regreso sin dudarle."

He visto a los amigos y, en las primeras semanas, he oído a

los más distintos y adversos sectores, día y noche. Todos son grupitos minúsculos y de una desinformación desalentadora, sobre todo para un animal informado como es, en ocasiones, mi caso personal.

El dolor ha pasado. Se han desprendido, eso sí, amigos y amistades que creían que regresaba conformista y que, rápidamente, han huido a su guarida. El camino es largo y largo el horizonte. Sin embargo, otras gentes más enérgicas y rotundas han mostrado un perfil más dinámico y alerta. Lo insolidario es, en tiempos como éstos, lo habitual y los bienestares que han llovido en los tres últimos años, como no tienen espíritu de comparación ninguno, les parecen algo que merece cerrar los ojos a todo. Bien. Las cosas son así y eso no constituye novedad alguna. El ánimo, pasado el primer instante de dolor, está sosegado y fluye, enérgico, hacia constantes de trabajo, método y orden. Estoy en la mesa dedicado a la tarea."

—G.

17 de mayo, 1965

Independientemente de una hospitalidad extraordinaria, que te gana el ánimo, y que no sólo determina la adaptación al turismo sino que manifiesta una característica psicológica y un concepto humano consubstanciales al español, a pesar de que en la superficie se nota menos el "régimen", de que la gente viaje mucho, entable charla pronto, sea jovial, etc., *uno percibe que se trata de una relación en superficie y de que el "sistema" ha creado una profunda incomunicación espiritual, y la cultiva, entre seres, grupos y clases.*

Este moldeamiento, casi científico, del pensar y me atrevería a decir, en términos generales, que del sentir, origina una especie de "parálisis infantil" del verdadero y constructivo sentido crítico, que no hay que confundir con la propensión a la diatriba visceral, al chiste y al chisme. El reflejo de la bonanza del Occidente europeo, unido a estos factores, crean un mimetismo multilateral, una actitud en que prepondera el apetito voraz de los valores y bienes materiales, quizá como compensación irracional de las muchas privaciones sufridas, un fatalismo y conformismo, una cultura sin vitalidad, que se aferra a las especialidades y no ha renovado su contenido y proyección humanístico-social a tono con nuestro tiempo. La picaresca castiza adopta formas "modernas". Y, lo que me parece más digno de reflexión; se ha perdido, ante una "martilleada" versión parcial, la memoria histórica sin la cual ningún pueblo puede desarrollarse. En consecuencia, creo que otro totalitarismo, en reemplazo del sinuoso que hoy se brinda a pasto, sería funesto para España, pese a cualquier logro económico y distributivo.

Es evidente que la "prosperidad" y el "milagro" españoles se apoyan en bases falsas. Una desproporción entre el consumo a la europea y la productividad, en "vías de desarrollo". La ba-





lanza de pagos, alimentada por el turismo y las divisas que proporcionan los obreros españoles que trabajan en el Occidente europeo, acusa un renglón astronómico de importaciones de artículos de uso y disfrute. Un campo pavorosamente despoblado, que me estremeció en Cuenca y en Andalucía, la saturación de las grandes ciudades, nutridas por la masiva emigración interna, son el trasfondo crudo de la realidad.

Desde estas premisas y en tanto que factor integrador, activo y responsable, el papel futuro de la clase obrera española, su mentalidad y móviles, que nadie conoce a ciencia cierta, constituye una incógnita completa.

Citemos los elementos alentadores. No se puede tapar el sol con un dedo. Es absurdo volver a métodos y concepciones fenecidos. La emigración republicana pertenece al pasado, como conjunto. Pero "allí" los jóvenes de cierto nivel intelectual y un sector de trabajadores, en los que opera en sensible porción la democracia cristiana, más la tradición socialista, quieren "enterarse", buscar fórmulas propias. Otro fenómeno digno de mención es que en Cataluña y Valencia (lo de Vasconia y Galicia es incuestionable) a pesar de que su composición ha cambiado por la fuerte incorporación andaluza, el problema federal y confederal es más agudo que nunca y el hecho del éxito de las

ediciones en catalán, a pesar de un sinnúmero de cortapisas, lo patentiza.

Hay algo que el "régimen" no ha podido quebrantar y es la solidez y solidaridad de la familia, en España. Ni el régimen ni las corrientes de esta era maquinista.

Notable, asimismo, considero el modo con que las mujeres jóvenes —más inteligentes, por lo común, que los chicos— saben aliar lo femenino y hogareño con una seria inquietud y conmovedora curiosidad por los problemas colectivos.

Y seguiría hablando, pero tareas pendientes me lo impiden.

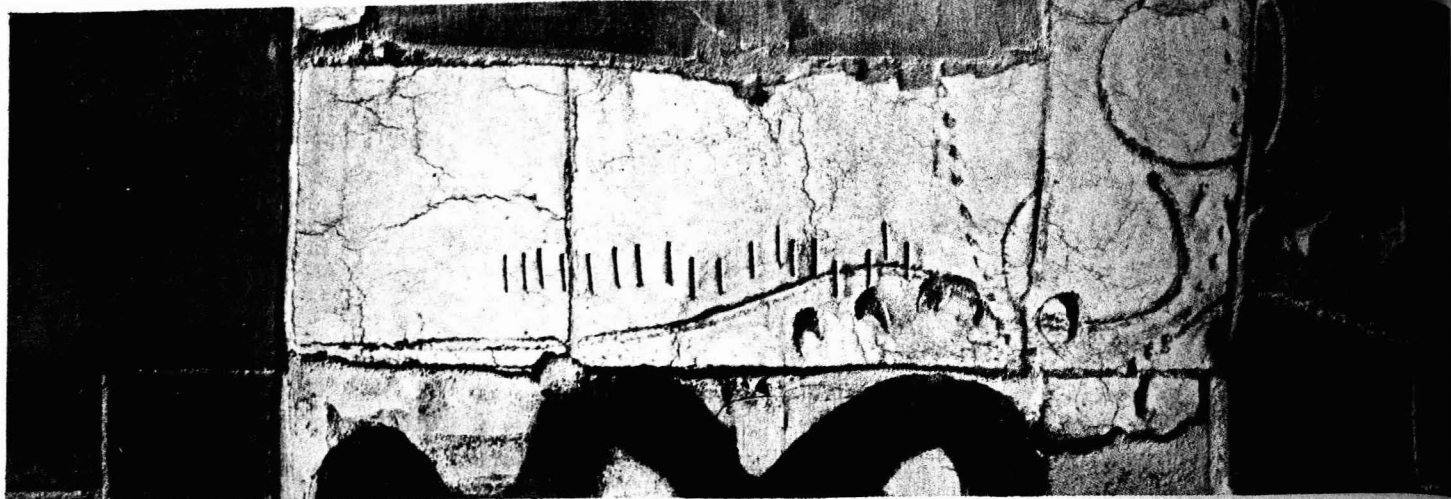
Ojalá que estas "ráfagas" te interesen. Pretenden ser objetivas. Hablé con gentes de todas las edades, credos, clases sociales y niveles intelectuales, oposicionistas y de la situación, indiferentes, perseguidos, boyantes y cínicos... Me esforcé, ante todo y sobre todo, en *escuchar*.

—M. A.

18 de febrero, 1966

"Por aquí seguimos igual que siempre, ya lo sabe usted. La semana pasada estuve en Badajoz a conocer a uno de los ver-





dugos del garrote. Aquella ciudad, con su gente miserable y prostituida, cercada por una tierra riquísima pero ajena, me depri­mió mucho más que la figura de este personaje; en un lugar en que la gente miserable le ofrece a usted por la calle niñas de 12 a 16 años, no es extraño que haya un hombre que elige como prostitución el camino del garrote.”

—D.

27 de febrero, 1966

Noto en tus líneas una cierta melancolía, que es signo de nuestra edad y situación, ésta no tan difícil a pesar de la distancia. Más españolizado, tú; más “mexicanizado”, yo. Indudable, pero ambos pertenecemos a una época, al propio cogollo de la transición cultural y social, de la “reconsideración nacional de nuestro país”. Es lo que, aparte de la vieja y probada amistad, nos une. Ahí radican nuestra debilidad y nuestra fuerza de testigos “serenos, revisores”. Mucha tela hay que cortar de este tema, aún. La salvación, modesta, posible, es el trabajo que nos encuadre y nos exprese.

...Acababa yo de releer una breve pero muy certera antología —de la Reclam Verlag, Stuttgart— de Rainer Maria Rilke, y en buena parte de ella y en estas voces finales de Emilio Prados hay un signo común y, al propio tiempo, diferencial. Ambos giran en torno al misterio de la existencia; origen laberíntico, agudo sentir del instante y del lugar, proyección temblorosa de nuestra palabra cuarteada y de nuestro posible símbolo. Rilke y Emilio se sitúan en la misma coordenada. Sin embargo, ¡lo que uno y otro experimentaron fue tan distinto, en lo personal, en lo colectivo, eludido o afrontado! El avatar del desarraigo dotó a Emilio de un clima temático más hondo. “Terminaste de un golpe — Sentiste que tú no estabas dicho, — no estabas hecho aquí con tu lugar... — Comenzó tu aventura — Se te fue destruyendo el idioma — No estabas dentro — No estabas fuera — Mitad no había — Y algo viajaba como entero — no extraño — en ti continuo quieto y renovado.”

—M. A.

México, D. F., 19 de julio de 1966

Mi querido amigo:

Recibí, poco antes de un viaje a Veracruz, tu carta del 5 de julio. No sabes cómo aprecio el que, a despecho de profundas discrepancias, mantengas, en lo que a mí se refiere, el noble tono de cordialidad que te caracteriza y que, también en esta tesitura, hospitalariamente —otra de tus magníficas cualidades humanas y sello castizo— te esfuerces en acudir a un diálogo que, por desgracia, en lo español de allá y de aquí, de los que en la patria viven y de los desterrados (pertinaz y torpe división que

aún imponen entre vencedores y vencidos), sólo en ámbito privado puede efectuarse. ¡Al cabo de tantos años! Ello te duele, me consta, y es quizá uno de los encomiables motivos de que te hayas apresurado a escribirme, a incluir comprobantes fotográficos y estadísticos, con los que intentas apaciguarte...

No aspiro, con las presentes líneas, más que a exponer unas razones, para que tú las sopeses. Y lo hago con la actitud de falibilidad, total o parcial, que indefectiblemente adopto al contrastar el criterio de los que estimo y el propio, nada egocéntrico.

Ni tú ni yo somos —o ambicionamos ser— políticos profesionales. ¡Vade retro! No pretendemos tampoco erigirnos en teóricos a la violeta, o en arbitristas. Nos importan España y sus pueblos; en los adentros del quehacer típico deseamos cooperar a que el país —y sus gentes— encuentren el “camino real”, en la doble acepción del término; anhelamos la creación de una concorde y matizada conciencia que sea el pan espiritual de cada día; nos satisfaría que se hallasen formas lícitas y activas de convivir, de una relación sin cuquerías, ni desplantes, ni engreimientos, con el mundo.

Para nosotros, lo económico —producción valiosa, distribución justa, equilibrio del campo y la ciudad— es un instrumento de expresión y de sustentación de España y de los españoles, jamás finalidad absorbente y corruptora, por mucho que se la disfrace con retóricas viejas y tecnicismos que, de no atemperarlos, desustancian. Rechazamos la violencia, pero convendría en que nos repugnan las mistificaciones, los remedios de orden.

¿Que estamos, lcs de esta ribera, al margen de los hechos morentencos? ¿Que empleamos un lenguaje que en España no se estilaba, por ser ahí físicamente imposible? De doctrinarios nos tildas y de hiperbólicos nos calificas. ¿No se trata de materia opinable, que requeriría morosas puntualizaciones?

Ahora bien, opino que la pervivencia de un régimen, de un Poder, es fenómeno independiente de su legitimidad moral y de su eficacia en dimensión histórica. (De “poco grato” lo calificas.) La “prosperidad”, que por cierto vacía extensas porciones de nuestro solar, puede ser pírrica, y a la larga, en repercusión más allá de nuestra edad, gravosa. Y si me apuras, funesta.

Evidentemente que, no obstante ello, hay determinadas zonas de progreso, aportaciones notables, de la industria a la cultura. Pero si examinas esos signos alentadores, y que me complacen, responden, por lo común, al vigor de nuestros pueblos y de sus hombres y mujeres, que desbordan y cuarteán los moldes oficiales.

No pretendo —y la afirmación es enteramente personal— “hacer una labor política en España”. No es de mi afición, ni de mi devoción, ni de mi aptitud. A los desterrados —tal mi criterio, añejo ya— sólo nos incumbe coadyuvar a la tarea democratizadora —e integradora, de cabo a rabo— que los españoles afincados en España desarrollen.

Y que esa labor “democratizante” es algo imperativo salta a la vista, en tus mismas afirmaciones. En cuanto a libertades ciudadanas —indisolubles del respeto a la personalidad, a la





dignidad humana que es tradición, meollo y mensaje de las mejores expresiones españolas—, por lo que atañe a los sindicatos, cuyo exacto remoquete de “verticales” no admite efugios; en lo que afecta a la intolerancia religiosa, que urge descartar de hábitos y mentes, importa permeabilizar la costra de jerarquías y núcleos colectivos harto conocidos. He aquí, con la turbia voracidad financiera y localizables complicidades, a extinguir, del Ejército y que no contradicen su validez institucional, los pilares negativos de un sistema de intereses antinacionales, y de prejuicios, que por separarnos de Europa vedan el acceso a una superestructura y dinámica modernas que resulta imposible desconocer y dejar de desear, sin que por ello la estime milagreramente.

Estas observaciones no significan una reivindicación del pasado próximo, de los graves errores cometidos, de las culpas que todos debemos asumir y asimilar, para que no se repitan los disparates y las tropelías que aún nos abochornan. Y ahora me siento obligado a poner un dedo en la enorme llaga. Ocurrió una guerra civil, mezclada con una pugna exterior: asimismo el triunfo de un bando y la derrota de la República. ¿Acaso queda ahí la oportunidad de inquirir la verdad, de examinar lúcida y generosamente lo sucedido? El régimen privativo en España ha fabricado, implantado y propagado su versión delirante y beligerante. El exilio interpreta aquellos acontecimientos, en respingo defensivo, con músicas, cada vez más mortecinas, de nostalgias y glorias. Unos y otros, al empeñarnos, causamos un serio quebranto a la reconstrucción de España, que no debe fundarse en odios ni en restauraciones, en deleznales vanidades. No propiciamos las bases de una mutua comprensión.

Tal escamoteo origina el que no se haya facilitado, incluso a largo plazo, en profundidad, en virtualidad para el porvenir, la solución de ninguno de los grandes problemas nacionales. Rasas en la superficie —dorada o almidonada— y resurgen los avisperos. La misma evidencia de que no existe el juego de fuerzas sociales capaz —sin fulanismos ilustres o hipnóticos— de proseguir la misión colectiva (ahí está, piedra de toque, la incógnita de la “sucesión”) destaca la irresponsabilidad que tipifica al régimen. “Se ha despertado (¿hallábase dormida, la alertaron?) la inquietud política acerca del mañana”, dices.

Y, por último, la cuestión, a estas alturas más en carne viva que nunca, de lo que llamas “autodeterminación”, “autonomías”, “particularismos”. Me remito al libro de Anselmo Carretero, *Las nacionalidades españolas*, y a otros estudios que, con doctrina más autorizada que la mía y espacio amplio, ofrecen apreciable argumentación sobre el tema.

No es del caso, pues, repetir lo justamente dicho, ni impugnar la existencia previa y maquinales de una comunidad a la que una de sus “porciones” está fundida, ya que sin el consentimiento de las restantes, etc. . . ¿Y el libre albedrío no “es”, sin considerar su magnitud, derecho colectivo? ¿O nos alucinamos para imponer y coaccionar, en cualquier medida?

Cuando hablo de catalanes incluyo a los allí nacidos y a los allí incorporados (“els altres catalans” que ha relievado Candel en su admirable obra). Lo que desvanece la imputación de “racismo diferencial”. Y basta una nómina de apellidos de los más exaltados defensores de la personalidad cultural y política de Cataluña, en corroboración de lo contrario.

Me parece que la actitud irritada, ante estos brotes de una realidad contradicha y contrahecha, responde a los resabios de una enseñanza amañada, falaz y ortopédica, de la Historia de España, que se ha enquistado en nuestro subconsciente y que produce veredictos y desplantes temperamentales. Sí, muestras de cerrilismo. Pero distingamos: hay un abismo entre el “nosaltres sols” y el amor al idioma vernáculo y el afán de instituciones directas.

Examinemos el “registro” de Salvador Esprú, cuya “obra poética” leía al llegarme, vehemente, casi con presencia corporal tu carta. Estaba impresionado. Después de Maragall y Antonio Machado, ¿hay lírica, al par íntima y representativa, de mayor calado, de comparable don comunicativo, en las dos últimas décadas ibéricas? ¿Habría alcanzado a forjarla, y penarla, de no expresarse Esprú en la lengua de herencia, que le descubrió el mundo de niño, que estremeció su adolescencia, y lo moldeó (¡oh, Sinerla!) en juventud y madurez? Exageración y humor agrio excluidos, ¿por qué en lugar de propiciar las manifestaciones hondas y veraces, propúgnanse torsión y distorsión, como una especie de sacrificio al pie del altar del Estado centralista?

No caigamos, por lo tanto, unos y otros, en lo peyorativo. La declaración de Esprú —que no conozco sino por tu referencia— es algo circunstancial y epidérmico. Predominan y subsistirán sus poemas, que en temática se entroncan, precisamente, bajo luz mediterránea y vibración marina que a tierra y paisajes catalanes nos vinculan, con escritores en castellano, lo que Joan Fusté subraya en su prólogo. ¿Motivos preponderantes, a captar en su sonido y coordinación genuinas, natales? La meditación de la muerte, la condena ética de opresores y corruptores, la sátira ácida de los conformistas, de los sensuales de vía estrecha, el deliquio adolorido de libertad.

Me extendí más de la cuenta en Esprú, que exige espacio de su pertenencia y en distinto lugar. Desmesura con la que a ti me igualo; quizá atribuyas excesiva importancia a esas manifestaciones multitudinarias, de dudosa franqueza, y que en su intrínseca cuantía me inspiran melancólica rumia, al par que inducen a severa reflexión, para que apliquemos incesantemente la terapéutica del diálogo, inconcebible sin un régimen vigorosamente democrático. Diálogo consigo mismo, diálogo con los semejantes y con los próximos y lejanos, con las generaciones de este tiempo y con aquellas que nos pautaron.

Los mejores deseos para los tuyos. Abrazos amistosos de

—M. A.